

Los nombres prestados

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Freddie Marriage/Unsplash.com

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Alexis Ravelo, 2022

Autor representado por

The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-67-0

Depósito legal: M-29.265-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Alexis Ravelo

Los nombres prestados

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2021

Reunido el Jurado calificador del Premio Café Gijón, compuesto por Rosa Regàs, Mercedes Monmany, Antonio Colinas, Marcos Giralte Torrente, José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2021 a la novela *Los nombres prestados* presentada a concurso bajo el seudónimo Larsen. Abierta la correspondiente plica, el ganador resulta ser Alexis Ravelo.

Se trata de un *thriller* psicológico con una trama político-social protagonizado por una traductora que esconde un pasado terrorista y un excomisario que le ha seguido la pista durante años. La novela, muy bien estructurada, se sirve de un narrador omnisciente para abordar temas de fondo tan importantes como la identidad, el perdón, la redención, la evolución y la verdad.

Café Gijón, Madrid
20 de septiembre de 2021

ROSA REGÀS, MERCEDES MONMANY,
ANTONIO COLINAS, MARCOS GIRALTE TORRENTE
Y JOSÉ MARÍA GUELBENZU

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2021

Reunido el Jurado calificador del Premio Café Gijón, compuesto por Rosa Regàs, Mercedes Monmany, Antonio Colinas, Marcos Giralte Torrente, José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2021 a la novela *Los nombres prestados* presentada a concurso bajo el seudónimo Larsen. Abierta la correspondiente plica, el ganador resulta ser Alexis Ravelo.

Se trata de un *thriller* psicológico con una trama político-social protagonizado por una traductora que esconde un pasado terrorista y un excomisario que le ha seguido la pista durante años. La novela, muy bien estructurada, se sirve de un narrador omnisciente para abordar temas de fondo tan importantes como la identidad, el perdón, la redención, la evolución y la verdad.

Café Gijón, Madrid
20 de septiembre de 2021

ROSA REGÀS, MERCEDES MONMANY,
ANTONIO COLINAS, MARCOS GIRALTE TORRENTE
Y JOSÉ MARÍA GUELBENZU

Esta historia transcurre a mediados de los años ochenta del pasado siglo en Nidocuervo y San Expósito, lugares inventados situados en un país que sí existe.

UN CHICO, UNA MUJER, UN HOMBRE,
UN PERRO

El perro surgió del bosque y se plantó en el camino.

El chico también se detuvo.

Pasaron unos segundos en los que no ocurrió nada. Después, el perro abrió la boca y contrajo los carrillos hasta mostrar los dientes.

Cualquier otro que no hubiese sido el chico habría huido o buscado un palo, una piedra, algo con lo que asustar al animal enorme y desconocido. Pero lo que él hizo fue acuclillarse y fijar la vista en el suelo, mordisqueándose el labio inferior en un ensayo de sonrisa. Entonces, el perro corrió hacia él moviendo el rabo y lo olisqueó. El chico le acarició la cabeza y el cuello, le hizo cosquillas detrás de las orejas. Cuando le dio el primer lametón en la cara, se dejó caer hasta quedar sentado, y el perro se puso a menear el rabo cada vez más deprisa mientras se le echaba encima para lambucarlo a sus anchas.

Así fue como empezó todo.

El chico se llamaba Abel y era diferente. Para darse cuenta bastaba con verle los andares, cómo se le perdía la mirada o la torpeza con la que, pese a su fuerza descomunal, cogía las bolsas cuando acompañaba a la mujer a las compras.

Solía ir vestido con un chándal de sintético azul marino siempre limpio, por lo cual se sospechaba que tenía varios iguales. Lo que no cambiaba jamás era la mochilita de nailon celeste en la que nadie del pueblo sabía exactamente qué llevaba.

Era persona de hábitos. Y el principal era caminar. Caminar sin tino ni destino desde la antigua casa de Clemente hasta la ermita, desde el barranco de las Lágrimas a las plataneras de la Condesa, desde el molino de Ginés hasta la carretera a San Expósito. Eso sí: nunca cruzaba el barranco que hacía de frontera al término municipal. Al llegar al cartel que lo indicaba, daba media vuelta y, si acaso, salía del arcén y se arrimaba

al mirador del Charco para quedarse un rato contemplando, más allá de la desriscada, la ciudad que había nacido en torno al antiguo muelle pesquero y que en aquellos años comenzaba a crecer hacia el interior. Y, más allá, el brazo de mar que la separaba del continente, surcado por barcos de pequeño tonelaje, por el ferrí, por alguna barquita de pesca. Luego regresaba con la misma prisa con la que había llegado, los pulgares enganchados en las correas de la mochila, los hombros encogidos, los pasos cortos y rápidos como si tuviera los tobillos atados con un hilo invisible.

Si se lo miraba de lejos, parecía un hombre más que un adolescente, pero visto de cerca resultaba fácil adivinar que su mente pertenecía, más que a un adolescente, a un niño. Su cuerpo era grande y robusto. Demasiado grande y demasiado robusto. Eso acentuaba su expresión infantil, la imberbe cara de luna en medio de la cabezota de cabello rubianco y lacio, la nariz desproporcionadamente pequeña y la boca de dientes algo torcidos que, cuando se ponía nervioso, mordisqueaban el labio inferior. Aun así, siempre se adivinaba en aquellos labios un atisbo de sonrisa, quizá porque una de las creencias que la mujer le había inculcado era esta: las sonrisas son llaves que abren todas las puertas.

Aquella sonrisa llave maestra era la que enarbolaba cuando hacía algún recado para la mujer en la ferre-

tería o en lo de Rita. Eso ocurría dos o tres veces a la semana. Entraba en el establecimiento y se situaba en un rincón, sonriendo y mirando a las paredes o al suelo hasta que le tocaba la vez. Entonces ponía sobre el mostrador un papel doblado en cuatro donde la mujer había anotado nombres y cantidades y que envolvía el billete con el que habría de pagar. Siempre eran cosas chicas: un puñado de tachas, un bote de cola, unas ramas de canela o doscientos gramos de jamón, productos de poco valor y menos importancia, como si, más que necesitarlos, la mujer los utilizara como excusa para mantener ocupado al chico. Luego, metía la compra y las vueltas en su mochilita y se marchaba.